

Tras algunos instantes de silencio, uno de los caballeros, el que entre todos parece de mas autoridad, toma la palabra para manifestar que vienen con objeto de confesar una falta y pedir á Dios perdon. Entregáronse al juego el dia anterior: profirieron varios juramentos; se olvidaron del cielo; pero el cielo tronó contra ellos, desató uno de sus rayos, y este rayo antes fué de misericordia que de ira, porque solo sirvió para hacerles conocer su error y encaminarlos al arrepentimiento. Ruegan por lo mismo al anciano que implore por ellos la divina clemencia.

Este anciano era Fr. Domingo de Betanzos.

---

V.

NO SON HOMBRES LOS INDIOS.

Tal es el prestigio saludable de que rodean al hombre las sólidas virtudes. Pero nuestro apóstol no se aprovechaba del suyo sino para bien de sus semejantes, y especialmente de los oprimidos, los desdichados indios, cuyos padecimientos aliviaba siempre que estaba en su mano. Aunque ageno á la política por razon del ejercicio de su ministerio, no lo estaba á la compasion que escitan las miserias de la especie humana cuando son causadas por los errores ó la mala fe de los que tienen en su poder la felicidad ó desgracia, la vida ó la muerte de los hombres. Entre el partido del tirano y el del siervo no era dudosa su eleccion.

Mas de una vez tuvo ocasion de demostrarlo; pero ninguna con mas veras que cuando cegados los encomenderos por su sórdida codicia, no solo vejaban á los indios, sino que para hacerlo á mansalva y establecer la servidumbre sobre inalterables bases, llegaron á idear la mayor ofensa con que podian zaherirlos, negándoles la racionalidad. "No son hombres los indios, se

oyó decir por todas partes; apliquémoslos al trabajo con dureza, y si perecen abrumados bajo el yugo, al fin son béstias."

El buen sacerdote quedó mudo de estupor al escuchar tales palabras que envuelven un concepto tan injurioso á la dignidad humana. Escandalizado de que hombres que blasonaban de cristianos las profiriesen y divulgasen, sintió conmovido su corazon de una manera estraña; y ardiendo en un celo de que solo es capaz el hombre en los mas floridos años de su vida; por la honra de la religion que ha proclamado el santo dogma de la unidad de nuestra especie, por la honra del nombre español comprometido ante el tribunal inapelable de la historia y la filosofía, resolvió oponerse con todas sus fuerzas, con la omnipotencia de la virtud y la palabra, á la adopcion y propagacion de tan absurda y sacrílega doctrina.

Y consiguió su objeto.

Empuñaba á la sazón las riendas del gobierno de esta provincia. La influencia que le daba el puesto acrecentaba la que ya antes ejercia por sus demas merecimientos. Siendo esto así, ni habia dificultades que no desatara su ingenio, ni estorbos que su caridad no removiera; y apadrinando la causa de los mejicanos como si fuera propia, lo que en favor de ellos no conseguia en el púlpito, lo intentaba en las conversaciones privadas con los encomenderos, interponiendo la mediacion de sus comunes amigos, patentizando el error con argumentos vigorosos y avasallando por fin las voluntades.

Hizo mas.

Persuadido de que una declaracion de la Santa Sede sobre este particular seria decisiva, envió á Roma á solicitarla al P. Fr. Bernardino de Minaya, varon docto é infatigable en las tareas apostólicas. Sus instrucciones se redujeron á pedir *declaracion de que los indios son hombres y capaces de sacramentos*.

Minaya apresuró su viaje, y sin detenerse mas de lo preciso en los puntos de su tránsito, llegó á Roma y obtuvo de Paulo III, sin tropezar con el menor inconveniente, lo que pretendia.

Consta la declaracion de S. S. en una bula, que por no ser conocida de todos nuestros compatriotas, nos parece que no será mal vista en este lugar. Por ella se vendrá en conocimiento que si algunos papas comprometieron su dignidad por la ambicion y aun la codicia; si el gobierno temporal y los cuidados que exige les hicieron no pocas veces perder algunos palmos en la

consideracion universal, nivelándolos con los demas reyezuelos de Italia; si el tráfico de las cosas sagradas en que empleaban una mano, impedia á la otra empuñar bien el cayado del pastor; y finalmente, si el esplendor de la tiara llegó á poner en olvido la aureola de santidad que circundaba la venerable frente de los inmediatos sucesores de San Pedro, no obstante es menester convenir que una de las glorias del pontificado ha sido el velar sobre la libertad de los pueblos, fulminando anatemas contra los tiranos, y que si alguna vez fomentó la sed de conquistas de los reyes, nunca prestó su asenso á la violacion de los sacrosantos fueros de la humanidad.

El documento á que nos referimos, traducido del latin, es del tenor siguiente:

“Paulo Papa III. A todos los fieles cristianos que las presentes letras vieren, salud y bendicion apostólica. La misma verdad, que ni puede engañar ni ser engañada, cuando enviaba los predicadores de su fe á ejercitar este oficio, sabemos que les dijo: ‘Id y enseñad á todas las gentes.’ A todas, dijo, indiferentemente, porque todas son capaces de recibir enseñanza de nuestra fe. Viendo esto y envidiándolo el comun enemigo del linaje humano, que siempre se opone á las buenas obras para que perezcan, inventó un modo nunca antes oido, para estorbar que la palabra de Dios no se predicase á las gentes, ni ellas se salvaran. Para esto movió algunos ministros suyos, que deseosos de satisfacer á sus codicias y deseos, presumen afirmar á cada paso que los indios de las partes occidentales y las del mediodía, y las demas gentes que en estos nuestros tiempos han llegado á nuestra noticia, han de ser tratados y reducidos á nuestro servicio como animales brutos, á título de que son inhábiles para la fe católica: y so color de que son incapaces de recibirla, los ponen en dura servidumbre, y los afligen y apremian tanto, que aun la servidumbre en que tienen á sus béstias apenas es tan grande como la con que afligen á esta gente. Nosotros, pues, que aunque indignos, tenemos las veces de Dios en la tierra, y procuramos con todas fuerzas hallar sus ovejas, que andan perdidas fuera de su rebaño, para reducir las á él, pues es este nuestro oficio, conociendo que aquestos mismos indios como verdaderos hombres, no solamente son capaces de la fe de Cristo, sino que acuden á ella corriendo con grandísima prontitud, segun nos consta: y que-

riendo proveer en estas cosas de remedio conveniente, con autoridad apostólica, por el tenor de las presentes, determinamos y declaramos, que los dichos indios y todas las demas gentes que de aquí adelante vinieren á noticia de los cristianos, aunque estén fuera de la fe de Cristo, no están privados ni deben serlo de su libertad, ni del dominio de sus bienes; y que no deben ser reducidos á servidumbre: declarando que los dichos indios y las demas gentes han de ser atraidos y convidados á la dicha fe de Cristo, con la predicacion de la palabra divina y con el ejemplo de la buena vida. Y todo lo que en contrario de esta determinacion se hiciere, sea en sí de ningun valor ni firmeza: no obstante cualesquiera cosas en contrario, ni las dichas, ni otras, en cualquier manera. Dada en Roma, año de mil y quinientos y treinta y siete, á los nueve de Junio, en el año tercero de nuestro pontificado.”

Con declaracion tan solemne alcanzó Betanzos una victoria que ya nadie se atrevió á disputarle. Los pasos anteriores de su carrera evangélica nos revelan la celsitud de su carácter, siendo otros tantos títulos que le hacen digno de eterno galardón; pero este fué y será siempre su mejor timbre.

---

## VI.

### NUEVAS EMPRESAS.—ULTIMA PEREGRINACION.

La planta habia arraigado y era ya un árbol que crecia vigorosamente, albergando en su frondosa copa á las aves del cielo, y convidando con su sombra al cansado peregrino. Sin embargo, era menester que al rocío bienhechor que descende de las regiones del bien, se asociara el riego del hombre para que las raices no solo profundizasen en la tierra, sino que se estendie-

ran por todas partes, echando hijos que llegaran á ser con el tiempo otros tantos árboles escelsos.

Betanzos comprendió esta necesidad, y se dedicó á satisfacerla con un cariño verdaderamente paternal. Fundado estaba el edificio de su religion: veíase enarbolado en la cima el magnífico estandarte donde habia escrito "Amparo y proteccion á los desvalidos." Pero era menester que esta enseña flamease en los mas remotos ángulos del territorio nacional, y que la divisa fuese conocida de todos sus habitantes.

Para lograrlo, el buen fraile no solo emprendió viaje á Guatemala y fundó el primer convento de aquella provincia, como se ha dicho, sino que procuró y realizó el establecimiento de otros en las cercanías de Méjico, y aun en los distritos mas lejanos como la Misteca, enviando á este fin á los religiosos que conceptuaba mas inteligentes, activos y virtuosos.

Fruto de este celo, merecedor de toda alabanza, fué por de pronto el convento de Tepetlaoxtoc, dedicado á Santa María Magdalena.

En seguida, y cuando vinieron de España otros ocho religiosos, fundáronse las casas de Oaxtepec, donde aprendieron la lengua mejicana, y sucesivamente las de Chimalhuacan, Chalco y Coyoluacan. En una palabra, el año de 1591 tenian ya los religiosos dominicos en nuestro país sesenta y seis casas, con el competente número de conventuales, en las que se enseñaban las lenguas indígenas, habiendo algunos que sabian hasta siete, y predicaban en todas con notable maestría.

Mas perdamos de vista por un momento el principio y adelantos de la orden dominicana en Méjico, para seguir al P. Betanzos en sus últimos dias. De ninguno mas propiamente que de este hombre venerable se pudo decir que su vida fué una peregrinacion sobre la tierra; aunque si se fija la atencion en las muchas que hizo y en los bien sazonados frutos que de ellas obtuvo, se deberá concluir, ó que en él han vivido al mismo tiempo otros hombres, ó que supo con las obras multiplicar su existencia hasta el grado de hacerla equivalente á la de muchos.

Esto, que se presenta con visos de paradoja, es realmente una verdad para quien estudia su vida. Desentendiéndonos esta vez del periodo de su juventud, ya de suyo interesante por las eminentes virtudes que en él ejercitó, y tomando el hilo de su historia desde que dejó el convento de San Estéban para venir á

América, ¿cómo no admirar á un hombre á quien el exceso de vida obligaba á entrar y discurrir por distintos senderos, si bien para llegar á un solo término! Hubo de sentir en su alma un vacío que no podia llenar sino lo infinito, y he aquí por qué desplegaba esa actividad inagotable, siempre creciente, siempre eficaz y bien dirigida, que le hacia adoptar no un medio solo, sino muchos, para conseguir el fin que se proponia: por esto aparece su vida una y múltiple; su carrera abraza al mismo tiempo otras carreras, y la aptitud que tiene para una la acredita para todas: por eso le vemos en el claustro perfecto cenobita, en la predicacion ardiente apóstol, en la ciencia letrado distinguido, y en la sociedad cristiano severo y filántropo sublime.

Pero el noble viajero se acercaba á la meta que habia tenido siempre á la vista, y cansado del camino, solo deseaba reposar en el Señor. Todas las épocas de su vida están señaladas por otras tantas peregrinaciones, y le habia llegado su vez á la última. Cuando jóven le vemos dejar á Salamanca, donde su virtud podia suscitarle peligros, y encaminarse á Roma: de allí parte á sepultar esta misma virtud en el retiro de la isla de Ponza: cinco años despues regresa á Salamanca y viste el hábito de Santo Domingo en el convento de San Estéban: en seguida toma el báculo y las sandalias para dirigirse á Lúcar, donde se embarca rumbo á la Española: de esta isla viene á Méjico; de aquí va á fundar su orden á Guatemala; vuelve luego que ha llenado cumplidamente su objeto, y emprende de nuevo su camino á Roma para solicitar de la Santa Sede la independenciam de la provincia de Méjico de la de la Española, que pretendia tenerla sujeta. Pasado algun tiempo le vemos aquí de regreso, dedicado como antes á sus tareas evangélicas. Y cuando agobiado por los años, pero no abatido, esperaban todos los que tenían la fortuna de conocerle que exhalaria en esta tierra el último suspiro, quedan atónitos al observarle emprendiendo una nueva peregrinacion en compañía del P. Fr. Vicente de las Casas. ¿A dónde dirige sus pasos el anciano apóstol?

Fijos lleva los ojos en el Oriente, donde brilla una luz divina que le embriaga y atrae con mágia irresistible. ¿Será la imágen de la patria que hermosa y radiante como un ángel le invita á morir en su regazo? Pero el discípulo de San Pablo no tiene mas patria que el suelo donde hay hombres que gimen. Otro

es el imán que ejerce en su alma tanto imperio; otro el lucero cuyos fulgores le hechizan.

Allá en las regiones de la aurora contempla una tierra sagrada, objeto del culto y de las bendiciones del mundo; tierra de amor y prodigios, sembrada de tiernas memorias, y teatro donde se representó el drama inefable de la redencion del género humano. . . . Allá le llevan sus ansias, quisiera volar en alas de su anhelo, y despreciando la cárcel del cuerpo, su mente salva las distancias. Quiere regenerarse en las linfas del Jordan y apagar la sed en los rios que nacen del Eden perdido; quiere aspirar las brisas impregnadas del olor de los cedros del Líbano, contemplar en su magestuoso aislamiento á la ciudad deicida, y meditar á la sombra de los olivos seculares que inclinaron sus ramas para acoger la tristeza y sublime agonía del hombre-Dios; quiere morir en la Tierra-Santa!

Pero quiso Dios llamarle á sí antes de que se cumplieran sus deseos. Embarcóse para España; navegó con próspero viento, y en el mes de Julio de 1549 aportó á San Lúcar. Continúa su camino sin encontrar el mas mínimo estorbo, y con esto cobra nuevos bríos su esperanza; mas al llamar á la puerta del convento de San Pablo en Valladolid, se siente gravemente enfermo, y algunos dias despues deja de existir para el mundo.

Refiérese que poco antes de espirar, ocupado todavía en la suerte de los indios, anunció en tono profético su completa desaparicion, "de suerte que antes de muchas edades se habia de preguntar de qué color eran los que vivian en estas tierras antes que los españoles viniesen á ellas." ¡Tales serian los tratamientos que recibian entonces de parte de los nuevos señores de este continente! Y nosotros ¿hemos hecho lo posible por impedir ó á lo menos aplazar el cumplimiento de esa profecía? ¿Qué deben los hijos de la raza conquistada á los actuales descendientes de los conquistadores? Ya no existen los repartimientos, ¿pero ha desaparecido la servidumbre de las haciendas? Los progresos de la civilizacion han hecho pedazos la vara del encomendero, mas ¿quién piensa romper el látigo del mayordomo? ¿Quién se propone de buena fe disipar la nube de ignorancia que envuelve á la clase indígena? ¿Dónde están las escuelas gratuitas que se hayan fundado en los pueblos para instruirlos? ¿Quién de nuestros gobiernos ha pensado enjugar sus lágrimas y respetar sus dolores, esos dolores íntimos y silenciosos que sobrelleva sin

murmurar? ¡Libertad y reforma! ¡Religion y fueros! ¡Progreso! ¡Garantías! . . . . Palabras huecas para nosotros, sononete de voces cuyo sentido es arbitrario, sombras sin sustancia, máscaras de ideas sin ideas. Los crédulos, los embaucadores, y tambien los amantes de la verdad, salgan de las capitales y vean qué son las instituciones en un pueblo de indios. La libertad es allí el trabajo forzado y la explotacion del hombre por el hombre; las garantías son la leva; el progreso es el *statu quo* de la ignorancia; la reforma el *requiescant in pace* de los abusos; la religion la idolatría.

Oh! en medio de tantos declamadores sin meollo, de tantos hombres de Estado que no han salido de garitas, de tantos apóstoles sin fe ni caridad; en medio de las entidades que se disputan el poder como un presa, de la afluencia de ambiciones ridículas ó descabelladas, de los proyectos absurdos, de las miras innobles y de los principios-pretestos; en medio de los sepuleros blanqueados de la política, ¿cuán satisfactorio es apartar la vista del mezquino panorama del presente, y salvando horizontes mas limpios, llegar á una edad remota, trasladarse á un recinto sagrado y asistir á los últimos instantes de hombre humilde que ha empleado la vida en bien de sus semejantes, sin ostentacion ni esperanza de recompensa! ¿Cuán grato es observar que en aquella hora suprema su último pensamiento es para la humanidad, y el último suspiro que exhala para una raza oprimida!

La noticia de la muerte de Betanzos se propagó en España y América con la rapidez del relámpago, y en todas partes se consideró la pérdida de este hombre como una calamidad. Valladolid se conmovió, y todos sus moradores se agolpaban á las puertas del convento pidiendo á voces que se les permitiera contemplar los restos del varon esclarecido, muerto en olor de santidad. Dificultad hubo en evitar que no acabasen por dejar desnudo su cuerpo venerable, pues tanto así era el empeño que cada uno tenia en quitarle un retazo de sus vestidos para conservarle como sagrada reliquia, reliquia del santo apóstol mejicano, como entonces le llamaban.

Así acabó sus dias este hombre singular. Consagrado á las tareas apostólicas de una manera exclusiva, si bien atesoraba buenos conocimientos en todas materias, apenas tuvo tiempo para escribir. La única obra suya que ha llegado á nuestra no-

ticia tiene por título *Adiciones á la doctrina cristiana, que compuso Fr. Diego de Córdoba.*

Pero sugetos como el héroe de esta historia, no han menester estampar su nombre en la portada de un libro para legar su memoria á la posteridad. Fresca y suave la guardarán los siglos como un perfume del cielo. Nosotros hemos aspirado ese perfume delicioso, y aun sentimos en el alma un gozo que no se disipará jamás. La vida de Fr. Domingo Betanzos es la de un modesto religioso, pero un religioso ajustado á los preceptos del antiguo instituto, y á las exigencias de todas las sociedades y de todos los tiempos: resplandece en ella el verdadero discípulo de Jesucristo, digno de estima por las obras y por los subidos quilates de la virtud. Al seguirla en todo su curso y peripecias, el corazón no puede menos de prendarse de un hombre que tan ardientemente profesaba el culto de Dios y de la humanidad, llevando el amor divino hasta la abnegación, y el de sus hermanos hasta el sacrificio.

## VII.

### CALAMIDADES.

En el cuadro cuyo velo vamos poco á poco descorriendo, todas las figuras son bellas, todas subyugan al alma porque muestran en la frente el sello de la virtud. Y aunque la del P. Betanzos es entre ellas la mas descollante, quedan otras de segundo orden no menos amables que irá contemplando el lector en el curso de esta narración. Pero así como no hay pintura sin sombras, ni grande efecto artístico sin contraste, no faltó al lado de los religiosos eminentes, cuya vida estudiamos, un mal fraile, una figura siniestra y mezquina que realza el mérito de las otras en el hermoso grupo de los primeros fundadores de nuestro convento.

Era este desgraciado (de cuyo nombre no quiso acordarse el cronista, y será bien que respetemos su olvido) un joven adinerado de esta capital, que errando de medio á medio la vocación, y cediendo á un entusiasmo pasajero, tomó el hábito de Santo Domingo.

Durante el año del noviciado mostró felices disposiciones para la vida á que se consagraba, y ni el monge mas austero hubiera observado un levisimo lunar en su conducta; mas apenas trascurrieron algunos meses despues que hizo la profesion solemne, cuando empezó á descubrir su verdadero carácter, que era el reverso del que habia manifestado. Comenzó por desobedecer á los superiores, siguió por burlarse de sus piadosas amonestaciones, y acabó por insultarlos de un modo acerbo y entrar frenético en la carrera del libertinaje y escándalo.

Llegado á este extremo, deploraron los religiosos sus yerros sin pretender que se redujese á buen camino, porque lo consideraron inútil; y la determinación que tomaron todos de comun acuerdo, fué despojarle de un hábito que era indigno de vestir y echarle ignominiosamente á la calle, como lo verificaron. ¡Mengua eterna á los hombres que por no malquistarse, vuelven los ojos á un lado para no ver los abusos! ¡Honra y prez á los que arrostrando los peligros del escándalo, antes quisieron mostrar que se habian equivocado en su elección, que abrigar una serpiente en su seno!

Mas no deseaba otra cosa el fraile libertino, y una vez desbocado por el carril del mundo, no tuvo límites su corrupción. La capital fué ya un círculo estrecho para su vida licenciosa, y acompañado de dos jóvenes perversos como él, á quienes erróneamente apellidaba amigos, parte á lejanas tierras á hacer gala del asqueroso cáncer que le devoraba.

Desde este punto se pierde el hilo de su historia, y no le hallaremos sino hasta algunos momentos antes de su muerte, ocurrida en Tabasco. Solazábanse los tres compañeros á orillas de un rio caudaloso. Era la siesta: las aves se acogian al follaje de los árboles para escudarse contra los rayos de un sol tropical; apenas tienen aliento para confiar al aire alguna que otra melodía. Las flores de las márgenes se inclinan desmayadas por el calor, y no se mueven sino al pasar alguna brisa perdida, que suena entre las hojas como un suspiro de la soledad.

Entre tanto, los jóvenes recostados sobre la grama veian espe-